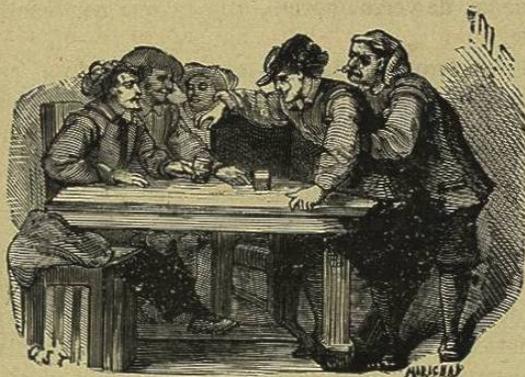


Pan, eso sí... ¡qué empujones, qué codazos me han dado! Yo también he distribuido bastantes... Allí hubiera yo querido ver al señor Cura... y á fe que sé muy bien lo que tengo en el pensamiento.

Al pronunciar estas palabras, bajó la cabeza y estuvo algun tiempo como pensativo y cavilando; dió luego un suspiro. y levantó la cabeza con ojos encandilados, y tan decaído, que hubiera sido lástima que le hubiese visto la persona que ocupaba entónces su imaginacion; pero aquella



Llamaban para que le mirasen.

gentualla, que ya habia empezado á divertirse con su expresiva elocuencia, se burlaba todavía más al verle compungido. Los más inmediatos llamaban á los demas para que le mirasen, y con esto vino á ser el juguete de toda aquella chusma, y no porque todos estuviesen en sano juicio, sino porque, á decir verdad, ninguno le habia perdido tanto como el pobre Lorenzo, teniendo ademas la desgracia de ser forastero. Ya uno, ya otro, empezaron á hostigarle con preguntas impertinentes y groseras, y Lorenzo unas veces se escandalizaba, otras tomaba la cosa á risa, otras, sin hacer caso de lo que decian, hablaba de cosas distintas, otras respondía, otras preguntaba, y siempre á pausas y disparatadamente.

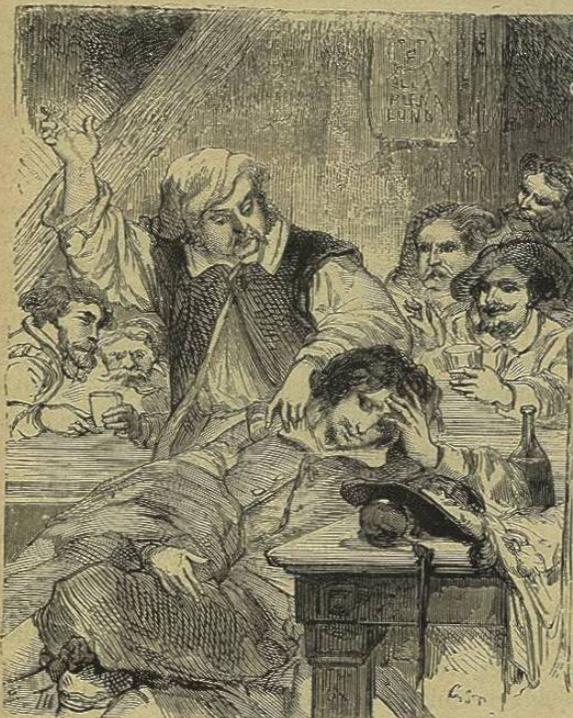
Por fortuna, en tan completo desvarío le habia quedado bastante instinto para ocultar los nombres de las personas, de suerte que ni siquiera profirió aquel que debia estar más grabado en su memoria, porque á la verdad, hubiéramos sentido que dicho nombre, que merece nuestro respeto, hubiese sido objeto de diversion para aquellas lenguas impuras.

CAPÍTULO XV

Viendo el posadero que la burla iba pasando de raya, y duraba más de lo regular, se acercó á Lorenzo, y pidiendo también con buen modo á los demas que le dejasen, le iba sacudiendo agarrado de un brazo, tratando de hacerle comprender y persuadirle que fuese á acostarse; pero Lorenzo volvía á la cantinela del nombre, apellido y bando: sin embargo, las palabras cama y dormir, repetidas muchas veces á sus oídos, hicieron tanta impresion en su ánimo, que le dieron á conocer muy distintamente la necesidad de lo que significaban, y produjeron un momento de lúcido intervalo. La corta dosis de razon que recobró le hizo comprender qué la mayor parte habia desaparecido, del mismo modo que la última luz de una iluminacion hace ver que las demas están apagadas. Tomó, pues, una resolucion; plantó las manos sobre la mesa, procuró una y dos veces levantarse, suspiró, estuvo vacilante, y por fin á la tercera, ayudado por el posadero, se puso de pié. Sosteniéndole el mismo posadero, le hizo pasar entre la mesa y el banco, y tomando con una mano una luz, con la otra le condujo lo mejor que pudo, ó le arrastró hasta la escalera. Aquí Lorenzo, para corresponder á los ruidosos saludos que le hacia toda la chusma, se volvió tan aprisa, que á no estar tan listo su conductør en sostenerle por un brazo, hubiera pegado un zarpazo terrible, y con el brazo que le quedaba libre trazaba y describia en el aire ciertos saludos como bendiciones de clérigo loco.

— Vamos á la cama, — dijo el posadero.

Y metiéndole por lo puerta, le fué tirando con gran trabajo por una angosta escalera, haciéndole entrar luégo en el cuarto que le tenía destinado. Viendo Lorenzo la cama que



Le iba sacudiendo agarrado de un brazo.

le aguardaba, se alegró, miró con cariño á su conductor con dos ojillos que ya brillaban más que nunca, y ya se eclipsaban como luciérnagas. Quiso sostenerse sobre las piernas, y alargó las manos hácia los carrillos del posadero para cogerle uno entre el índice y el dedo medio en señal de amistad y

agradadecimiento: pero como no pudiese conseguirlo: — Bravo, — dijo, — veo que eres hombre de bien: es una obra buena la de dar una cama á un mozo honrado; pero no lo era aquel empeño rabioso del nombre y del apellido: lo bueno es que yo, gracias á Dios, tampoco soy lerdo.

El posadero, que conocía que Lorenzo no podría ya charlar mucho, y que por larga experiencia sabía cuán fáciles son los hombres en aquel estado de cambiar rápidamente de ideas y de opiniones, quiso aprovecharse de aquel lúcido intervalo para hacer una tentativa.

— Hijo mio, — le dijo con voz y cara halagüeñas; — yo no lo hice por incomodar á usted, ni saber sus negocios: ¿qué quiere usted? Allí está la ley, y nosotros debemos obedecerla; de otra manera, somos los primeros en pagar la pena; más vale ceder, y... últimamente, ¿de qué se trata? ¡gran cosa! de dos palabras... Vaya, no por quien lo manda, sino por mí, aquí entre nosotros, dígame usted su nombre, y luégo se acuesta con el corazón tranquilo.

— ¡Ah bribon! — exclamó Lorenzo, — ¡traidor! ¡cómo vuelves á acometerme con la iniquidad del nombre y apellido!

— Cállate, borracho, métete en la cama, — dijo el posadero.

Pero el otro gritaba más recio:

— Ya te entiendo: tú tambien eres de la liga; aguarda, que yo te arreglaré.

Y dirigiendo la boca á la puerta de la escalera, chillaba más desaforadamente:

— Amigos, este pícaro es de la...

— Lo dije por chanza, — gritó el posadero, arrimándose á la boca de Lorenzo.

Y empujándole hácia la cama, continuaba diciendo:

— ¿No oyes que lo dije por chanza?

— ¡Ah, por chafiza! — dijo Lorenzo: — ahora hablas bien: una vez que lo dijiste por chanza... Es verdad que son cosas para reirse.

Y se dejó caer en la cama.

— Ea pues; á desnudarse aprisa, — dijo el posadero.

Y al consejo añadió el auxilio, que bien era necesario. Así que Lorenzo consiguió quitarse la chupa, la tomó el posadero, metiendo inmediatamente las manos en el bolsillo para ver si estaba el gato. Encontrólo en efecto; y haciéndose el cargo de que el día siguiente lo ménos en que tendría que pensar su huésped sería en pagarle, y que aquel gato caería



Es muy justo, dijo Lorenzo, ¿mas el dinero?

probablemente en manos de donde no podría arrancarle ni con ganchos, quiso ensayar otra tentativa.

— ¿No es cierto — le dijo — que usted es un mozo honrado, un hombre de bien?

— Sí; mozo honrado como el primero, — contestó Lorenzo, pleiteando todavía con los botones de la ropa que aún no había podido quitarse enteramente.

— Pues siendo así — continuó el posadero — no tendrá usted dificultad en pagarme la cuentecita, pues mañana debo salir temprano para evacuar algunas diligencias...

— Es muy justo, dijo Lorenzo. — Yo soy muy tuno, amigo; pero hombre de bien, eso sí... ¿Mas el dinero? ¿Cómo le buscamos ahora?

— Aquí está, — interrumpió el posadero.

Y valiéndose de toda su maña y su paciencia, logró por fin ajustar la cuenta y hacerse pago.

— Ayúdame á que me acabe de desnudar, — dijo entonces Lorenzo: — conozco que tengo un sueño que no puedo más.

Ayudóle efectivamente el posadero, le tapó muy bien, y aún no había acabado de darle las buenas noches, cuando Lorenzo estaba roncando. Luégo, por aquella especie de complacencia que se experimenta en contemplar un objeto de incomodidad, lo mismo que otro de cariño, y que acaso no tiene más origen que el deseo de conocer lo que obra con fuerza en nuestro ánimo, se paró un momento á mirar á su incómodo huésped, dirigiendo hácia él la luz, haciéndola reflejar en su cara, á la manera sobre poco más ó ménos que pintan á Siquis contemplando furtivamente las facciones de su desconocido esposo, y para sí dijo al pobre dormido:

— ¡Loco, majadero! ¡En buen berengenal te has metido! Mañana me lo dirás. ¡Mentecatos, qué queréis andar por el mundo sin saber por dónde sale el sol, para caer despues y meter al prójimo en tales atolladeros!

Dicho y pensado esto, retiró la luz, echó á andar, salió del cuarto y cerró la puerta por fuera con llave. Llegado á la mitad de la escalera, llamó á su mujer, á quien mandó que dejando el cuidado de los niños á una mozuela que los servía, bajase á la cocina á cuidar de la casa.

— Es necesario — dijo — que yo salga por causa de un diablo de forastero que por mis pecados ha venido á hospedarse aquí. Cuidado con todo, y prudencia, especialmente en este maldito día. Hay allá abajo una caterva de malas cabezas, que ya por la bebida, ya porque tienen la lengua larga, hablan mil disparates. Si algun atrevido...

— Vaya, — interrumpió la mujer, — ¿soy yo alguna niña? Sé lo que hay que hacer: me parece que hasta ahora...

— Bien, bien, — dijo el posadero, — y cuidado de que todo el mundo pague. En cuanto á lo que despotrican, hablando del Director de provisiones, del Sr. Ferrer, del Gobernador

general, del Ayuntamiento, de España y de otras majaderías semejantes, hacer como que no se oye, porque contradiciendo se puede salir mal desde luego, y aprobando se puede tener que sentir despues. Ya sabes que á veces los que las suelen más gordas suelen ser... En fin, cuando se oigan ciertas proposiciones, irse á otra parte como si llamara alguno. Yo volveré lo más presto que pueda.

Dicho esto, bajó con ella á la cocina para ver si habia novedad, descolgó de un clavo la capa y el sombrero, epilogó con otra mirada á la mujer las anteriores instrucciones, y salió de casa. Al hacer estas operaciones tomó en su mente el hilo del apóstrofe que habia empezado á la cabecera de la cama del pobre Lorenzo, y lo iba prosiguiendo en el camino.

— ¡Terco serrano! — decia (porque por más que Lorenzo hubiese querido ocultar el lugar de su nacimiento, le descubrian sobradamente sus palabras, su pronunciacion, su cara y sus modales). — Á fuerza de política y prudencia me habia zafado yo limpio de un dia como este; y parece que el demonio te ha metido en que vengas á descomponerlo todo. ¿Faltan posadas en Milan para que te vinieras á tropezar con la mia? Si por lo ménos hubiese venido solo, podria haber hecho yo por esta noche la vista gorda, y mañana te lo dirian de misas; pero, no señor, vienes acompañado; y ¿con quién? con un maldito corchete, como quien dice, miel sobre hojuelas.

Á cada paso encontraba el posadero personas solas ó de dos en dos, ó cuadrillas de gente que caminaba cuchicheando. Al llegar á este punto de su muda alocucion, vió venir una patrulla de soldados, y apartándose á la acera los miró de reojo, y continuó diciendo entre sí:

— Allí están los que las enderezan, y aquel zambombo por haber visto á cuatro alborotadores meter bulla por la calle, se figuró que se iba á cambiar el mundo, y con esto se ha perdido á sí mismo y queria tambien arruinarme á mí. Yo hacia cuanto podia para salvarle, y él tan bestia que por poco no me alborota la casa. Ahora verá cómo ha de salir del pantano; por lo que á mí toca, yo pondré remedio:

¡ como si yo quisiera saber tu nombre por curiosidad!; Á mí qué me importa que te llames Tadeo ó Bartolo!; Á la verdad que tendré yo un gran gusto en estar siempre con la pluma en la mano! No sois vosotros solos los que ven las cosas como ellas son. Yo tambien sé que hay bandos que nada significan porque no se cumplen, y seguramente no es esta una gran noticia para que venga á dárnosla un patán de la sierra. ¿ Y no sabes tú que los bandos contra los dueños de fondas, posadas y hosterías se observan con rigor porque valen el dinero?; Y quieres andar por el mundo y hablar?; ¿ Sabes tú que el pobre posadero que pensase como tú, y no preguntase el nombre de los que le honran hospedándose en su casa, sabes tú, bestia, lo que le sucederia? « Bajo pena de trescientos escudos, dice el bando, á cualquiera de dichos posaderos, taberneros y demas nombrados arriba. » ¿ No hay más que soltar trescientos escudos?; Y para emplearlos tan bien! « De los cuales las dos tercias se aplicarán á penas de cámara, y el resto al acusador ó delator. » ¡ Qué buen sujeto! « Y en caso de insolvencia, cinco años de galeras » al arbitrio de S. E. ». Ahí es un grano de anís!; ¡ Gracias, señor excelentísimo!

Al concluir estas palabras, ya el posadero estaba en el umbral del palacio de Justicia. Allí, como en las demas secretarías, todo estaba en movimiento. En todas partes se trabajaba en expedir las órdenes que se creian las más oportunas para el dia siguiente, tanto á fin de quitar todo pretexto á los atrevidos que deseasen nuevos alborotos, como para poner la fuerza en las manos de los que estaban acostumbrados á hacer uso de ella. Se aumentó la tropa en casa del Director de provisiones; se atajaron las bocacalles con vigas y carros; se mandó á los panaderos que amasasen pan sin intermision; se despacharon propios á los pueblos inmediatos con orden de remitir trigo á la ciudad, y para cada horno se destinaron diputados nobles, que al amanecer se trasladasen á ellos, á fin de cuidar del repartimiento del pan y contener á los turbulentos con su autoridad y buenas palabras; pero

para dar, como se suele decir, un golpe al caballo y otro á la silla, y hacer más eficaz la blandura con un poco de temor, se trató tambien de echar mano á algunos de los alborotadores, y esta era principalmente la atribucion del Capitan de justicia, cuya disposición respecto de las asonadas y de los sediciosos es fácil inferir cuál sería.

Sus lebreles ya estaban en campaña desde el principio del alboroto, y aquel famoso Ambrosio Fusella era, como lo dijo el posadero, un esbirro disfrazado que recorría las calles con encargo de coger infraganti á alguno, seguirlo, apuntar su nombre y pescarle luégo por la noche cuando todo estuviese sosegado, ó á la mañana siguiente. Habiendo oido cuatro palabras del sermón de Lorenzo, le señaló inmediatamente, pareciéndole que aquel individuo era el más á propósito para su intento. Conociendo además que era forastero, pensó dar el golpe maestro de conducirle en caliente á la cárcel, como la posada más segura de la ciudad; pero por entónces se le volvió el sueño del perro, como hemos visto: pudo, sin embargo, llevar á sus jefes el nombre, apellido y patria, con otras muchas señas de conjetura; por manera que cuando llegó el posadero á dar razon de lo que sabía de Lorenzo, ya estaban allí mejor enterados que él. Entró, pues, en la oficina de costumbre, y dió su denuncia, diciendo que se habia hospedado aquella noche en su casa un forastero, el cual jamas quisó manifestar su nombre.

— Habéis cumplido con vuestra obligacion dándonos semejante aviso, — dijo un escribano soltando la pluma; — pero ya lo sabemos.

— ¡ Gran misterio! — dijo el posadero para sí; — ¡ por cierto es una gran habilidad!

— Ya sabemos tambien — continuó el Escribano — ese nombre tan misterioso.

— ¡ Qué diablo! — dijo el posadero en su interior; — eso del nombre ya pica en historia.

— Pero vos — replicó el otro con seriedad — no lo decís todo francamente.

— ¿ Qué tengo que decir?

— ¡ Ya, ya! Sabemos muy bien que ese forastero llevó á vuestra posada una gran cantidad de pan robado ó adquirido en la asonada.

— Viene un hombre con un pan en el bolsillo, ¿ y he de saber yo dónde lo ha tomado? Porque hablando como si estuviera en la hora de mi muerte, puedo jurar que no le vi sino un solo pan.

— Bueno es disculpar y defender siempre á los bribones. Según vosotros, todos son hombres de bien. ¿ Cómo podéis probar que aquel pan era bien adquirido?

— ¿ Qué he de probar yo? En eso no me meto. Mi oficio es el de posadero.

— Sin embargo, no podéis negar que ese vuestro parroquiano ha tenido la insolencia de proferir palabras injuriosas contra los bandos, y de cometer actos indecentes contra las armas de S. E.

— Dígame useñoría por amor de Dios, ¿ cómo puede ser parroquiano mio un hombre que lo veo por la primera vez? El diablo, perdone useñoría, es quien me lo trajo á mi casa. Si yo le conociera, ¿ habria tenido necesidad de preguntarle su nombre?

— Pero en vuestra casa, en vuestra propia presencia, se han dicho cosas horribles; ha habido palabras denigrativas, expresiones sediciosas, murmuraciones, gritos, alborotos.

— ¿ Cómo quiere useñoría que tenga yo cuenta con todos los disparates que pueden decir tantos gritadores, que hablan todos á la vez? Yo soy un pobre, y debo cuidar de mis intereses, y ademas useñoría bien sabe que perro ladrador nunca fué mordedor.

— Sí, sí, déjalos que hagan y digan: mañana veréis cómo se les obliga á volver en su acuerdo ¿ No creéis que así sea?

— Yo, señor, nada ereo.

— ¿ Que la canalla se apodere de Milan?

— ¡ Disparate!

— Ya veréis lo que se arma.

— Ya entiendo: el Rey será siempre Rey: el que tenga que pagar pagará. Un pobre padre de familia en nada se mete. Useñorías tienen la fuerza, y á useñorías toca emplearla.

— ¿ Tenéis todavía mucha gente en la posada?

— Muchísima.

— ¿ Y ese vuestro parroquiano continúa alborotando?

— Ese forastero, querrá decir useñoría, se ha ido á la cama.

— ¿ Conque hay mucha gente?... Cuidado que no se escape.

— ¿ Soy yo acaso esbirro? — dijo de botones adentro el posadero; pero no dió contestacion alguna.

— Volved, pues, á vuestra casa, y tened juicio, — continuó el escribano.

— Yo siempre lo he tenido. Useñoría sabe que jamas ha habido queja contra mí.

— ¡ Bien! ¡ bien! No creáis que la justicia haya perdido su fuerza.

— ¿ Yo? Per amor de Dios, yo nada creo: solamente en mi oficio.

— Siempre la misma cantinela... ¿ Tenéis algo más que decir?

— ¿ Qué quiere useñoría que diga más? La verdad es una sola.

— Basta: si fuere necesario, informaréis más por menor á la justicia.

— Yo nada más tengo que decir.

— Cuidado con dejar que se vaya.

— Espero que el señor Capitan de justicia sabrá que he venido inmediatamente á cumplir con mi obligacion. Beso á useñoría las manos.

Al rayar el dia habia ya siete horas que Lorenzo roncaba, y todavía estaba en lo mejor de su sueño, cuando le despertaron dos fuertes sacudimientos en los brazos, y una voz que desde los piés de la cama gritaba: *Lorenzo Tramallino*. Movióse, sacudió los brazos, abrió con trabajo los ojos, y vió á

los piés de la cama un hombre vestido de negro, y á otros dos armados, uno á cada lado de la cabecera. El pobre, entre la sorpresa, el no estar bien despierto y el efecto del vino, quedó como encantado, y creyendo que soñaba, y no gustándole el sueño, se agitaba como para acabar de despertarse.

— Vamos, ¿ habéis oido? Lorenzo Tramallino, — dijo el



¿ Nos le llevamos en camisa?

hombre vestido de negro, que era el escribano de la noche anterior: — ea, pues, levantaos y venid con nosotros.

— ¡ Lorenzo Tramallino! — exclamó Lorenzo. — ¿ Qué significa esto? ¿ Qué me quieren ustedes? ¿ Quién les ha dicho mi nombre?

— Méenos palabras, y levantaos pronto, — dijo uno de los esbirros, agarrándole de nuevo por un brazo.

— ¿ Cómo? ¿ qué tropelia es esta? — gritó Lorenzo retirando el brazo: — ¡ posadero! ¡ amigo posadero!

— ¿ Nos le llevamos en camisa ? — preguntó el mismo escribano al escribano.

— ¿ Habéis oído ? dijo este á Lorenzo ; y así se hará si no os despacháis á vestiros para venir al momento con nosotros.

— Pero ¿ y por qué ? — preguntó Lorenzo.

— El porqué os lo dirá el señor Capitan de justicia.

— ¿ Yo ? Yo soy un hombre de bien ; nada he hecho, y me admiro...

— Tanto mejor, así despacharéis al momento, y podréis marcharos adonde queráis.

— Déjenme ustedes, pues, que me vaya desde ahora, — dijo Lorenzo : — nada tengo que ver con la justicia.

— Ea, acabemos, — gritó uno de los esbirros.

— ¿ Nos lo llevamos de véras ? — añadió el otro.

— ¡ Lorenzo de Tramallino ! dijo el Escribano.

— ¿ Cómo sabe useñoría mi nombre ?

— Cumplid con vuestra obligacion, — dijo el Escribano á los esbirros, los cuales al punto se echaron sobre Lorenzo para sacarlo de la cama,

— ¡ Ea ! no hay que poner las manos en un hombre de bien : yo sé vestirme.

— Levantaos, pues, y vestios al instante, — dijo el Escribano.

— Voy á levantarme, — respondió Lorenzo.

Y en efecto, iba recogiendo por aquí y por allí su ropa como reliquias de un naufragio en la playa, y empezando á ponérsela, proseguia diciendo :

— No quiero ir á casa del Capitan de justicia ; nada tengo que ver con él ; y pues que se comete conmigo semejante tropelia, quiero ser presentado al Sr. Ferrer. Á éste le conozco ; es hombre justo, y me debe algunos favores.

— Sí, sí, hijo, serás conducido á casa del Sr. Ferrer, — contestó el Escribano.

En otras circunstancias se hubiera reido á carcajadas al oír semejante propuesta : pero aquella ocasion no era para

reirse. Al ir á la posada habia visto en las calles cierto movimiento, que no dejaba discernir si eran restos de la sublevacion aún no reprimida, ó principios de otra nueva. El salir temprano de su casa los habitantes, el juntarse unos con otros, el ir en tropel, el formarse en corrillos eran sintomas que no le agradaban ; por tanto, ahora, sin aparentarlo, ó tratando al ménos de que no se notase tenía el oído atento, y le parecia que se aumentaba el murmullo : con esto deseaba despachar ; pero queria al mismo tiempo llevarse á Lorenzo á buenas, porque si se le declaraba la guerra, no se podia asegurar que llegados á la calle no se encontrasen tres contra uno : por esto hacia del ojo á los esbirros para que tuviesen paciencia y no exasperasen al mozo ; y él tambien por su parte procuraba templarle con buenas palabras. Lorenzo entre tanto iba vistiéndose poco á poco, y enlazando lo mejor que podia las especies inconexas del día anterior, empezaba á creer que los bandos, su nombre y apellido debian ser la causa de aquel contratiempo. Pero ¿ cómo diablos el hombre de la capa negra sabia su nombre ? ¿ Y qué habria sucedido en aquella noche para que la justicia hubiese adquirido tantas noticias para venir en derechura á echar la mano á uno de los buenos que el día ántes habian hecho tan honroso papel, y que al parecer no todos estaban dormidos, pues tambien él percibia en la calle cierto murmullo que crecia por instantes ?

Mirando despues la cara del Escribano, advertia, á pesar de su forzado disimulo, la turbacion que este procuraba ocultar. Por lo cual, con objeto de aclarar sus conjeturas y descubrir tierra, como tambien para ganar tiempo é intentar un golpe maestro, dijo :

— Comprendo muy bien que el origen de todo esto es mi nombre y apellido. Ayer noche, á la verdad, estaba yo algo más alegre de lo que acostumbro. Estos posaderos tienen á veces vinos tan traidores... y á veces... ya se sabe que cuando el vino ha pasado por el canal de las palabras, quiere él tambien decir sus cosas, pero cuando no se trate de otro asunto, estoy pronto á dar toda la satisfaccion que se quiera ; y últimamente

useñoría ya sabe mi nombre : por cierto que no sé quién diablos se lo ha dicho.

— Bien, amigo, bien, — contestó cariñosamente el Escribano : — veo que eres mozo de juicio, y créeme, pues yo entiendo estos negocios ; tú eres más avisado que otros : ese es el mejor modo de salir bien del pantano. Con tan buenas disposiciones, en un momento estás despachado y puesto en libertad : pero yo, ya ves, tengo las manos atadas, y no puedo soltarte aquí como quisiera. Ea, pues, despáchate, y ven sin miedo, que en cuanto vean quién eres... además yo diré... descuida : en fin, veremos : vamos, pues, hijo, vamos.

— ¡ Ah ! ya veo que useñoría no puede, — dijo Lorenzo al paso que continuaba vistiéndose, desechando con gesticulaciones las que hacían los esbirros para ponerle las manos encima á fin de apresurar la operacion.

— ¿ Pasaremos por la plaza de la Catedral ? — preguntó luégo al Escribano.

— Por donde quieras ; por el camino más corto, para que más presto puedas quedar libre, — contestó el Escribano, pensando responder con aquella contestacion á la misteriosa pregunta de Lorenzo, y todas las demas que pudieran seguirse : — ¡ qué desgracia ! — dijo para sí, — ¡ qué desgracia ! creia... Hé aquí un hombre que cantaria como un canario. ¡ Ah ! ¡ si hubiese un poco de tiempo ! así extrajudicialmente, á manera de amistosa conversacion, se le haria confesar sin tormento lo que se quisiese. Este hombre iria á la cárcel ya confeso, sin que siquiera lo advirtiese. ¡ Qué lástima que un hombre de esta especie caiga en mis manos en momentos tan críticos ! Y no hay remedio, — continuaba para sí el Escribano, y doblando el cuello, aplicaba el oído. — No hay remedio : este día va á ser peor que el de ayer.

Lo que le hizo pensar así, fué oír que en la calle habia una bulla extraordinaria, por lo cual no pudo contenerse sin abrir un postigo de la ventana para dar una ojeada á fuera. Vió que quien alborotaba era un corrillo de paisanos, que, á la intimacion de separarse que les hizo una patrulla, respon-

dieron al principio con invectivas, desbándandose luégo sin dejar de insultar á los soldados ; y lo que el Escribano tuvo por señal mortal, fué el buen modo con que se conducia la tropa. Cerró el postigo, y estuvo un momento indeciso entre si llevaria á cabo la empresa, ó si dejando Lorenzo al cuidado de los dos esbirros, correria á dar cuenta al Capitan de justicia de lo que sucedia. Pero le ocurrió inmediatamente que se le tacharia de cobarde y bajo, y se le reconvendria por no haber cumplido las órdenes que llevaba.

— Ya estamos metidos en la danza, — dijo para sí, — y es preciso bailar. ¡ Malditos alborotos !... ¡ mal haya el oficio !

Ya Lorenzo estaba en pié, teniendo á cada lado uno de los satélites, á quien hizo señal el Escribano para que no le violentasen demasiado, y volviéndose á él, le dijo :

— Vamos, hijo, vamos aprisa.

Lorenzo sentia, veia y pensaba. Ya estaba casi del todo vestido, y sólo le faltaba el gabán que tenia con una mano, nurgando con la otra en los bolsillos.

— ¡ Hola ! — dijo al Escribano con aire socarron : — aquí, señor mio, habia moneda y una carta.

— Todo se te devolverá puntualmente, — dijo el Escribano, — en cuanto se evacuen ciertas formalidades : vamos, vamos.

— No, — contestó Lorenzo meneando la cabeza ; — esto no es conmigo ; quiero lo que es mio ; daré razon de mis acciones, pero venga mi carta y mi dinero.

— Quiero hacerte ver que me fio de ti ; toma, y despacha, — dijo el Escribano, sacando del pecho con un suspiro, y entregando las cosas embargadas á Lorenzo, el cual entre dientes decia :

— ¡ Arre allá ! ¡ como siempre andáis entre ladrones, parece que entendeis algun tanto el oficio !

Faltáales á los esbirros la paciencia ; pero el Escribano los contenia con los ojos, diciendo para sí :

— Si llegas á meter dentro los piés, te aseguro que las has de pagar todas, y con creces.

Mientras Lorenzo se ponía el gaban y tomaba el sombrero, el Escribano hizo señal á uno de los esbirros para que marchase delante por la escalera; siguió detras el preso, luego el satélite, y, por último, echó á andar él despues de todos. Así que llegaron á la cocina, mientras Lorenzo decía «¿y este bendito posadero dónde se ha metido?» el Escribano hizo otra señal á los dos esbirros, los cuales agarraron el uno la mano derecha de Lorenzo, y el otro la izquierda, y en un abrir y cerrar los ojos le ataron las muñecas con cierto instrumento, por la hipócrita figura retórica llamado *manillas*. Consistían estas (sentimos descender á particulares impropios de la gravedad histórica, pero así lo requiere la claridad) en un cordelito algo más largo que la circunferencia de una muñeca de un hombre, y que remataba en dos palitos á manera de muletillas. El cordelito ataba la muñeca del preso, y los pedacitos de madera, pasando entre el dedo medio y el anular del esbirro, le quedaban en el puño, de manera que retorciéndolos apretaba á su arbitrio la atadura, con lo cual no sólo tenía el medio de asegurar al preso, sino también el de martirizar al que se resistiera, para cuyo efecto el cordelito estaba regularmente lleno de nudos.

Lorenzo brega y forcejea gritando:

— Qué traición es esta? ¡á un hombre de bien!...

Pero el Escribano, que para cada infamia tenía sus palabras suaves, decía:

— Ten paciencia; todas son formalidades indispensables; nosotros no podemos tratar á la gente segun nuestro buen corazón: si no hiciésemos lo que nos mandan, estaríamos frescos, peor que tú, y así ten por Dios paciencia.

Mientras de este modo hablaba el Escribano, retorcieron los dos esbirros el cordelito, y Lorenzo se sòsegó como un caballo lozano que siente el freno, y exclamó: «¡paciencia!»

— ¡Bien, hijo! — dijo el Escribano, — este es el modo de salir bien. ¿Qué quieres? Yo conozco que es cosa bastante pesada; pero comportándote bien, sales presto del enredo... Ya que veo que procedes como hombre honrado, estoy dis-

puesto á favorecerte, y quiero darte un consejo para tu bien. Créeme, que yo entiendo estas cosas: anda derecho, sin mirar alrededor, sin darte á conocer; de esta manera nadie repara en tí, nadie nota que vas preso y conservarás tu estimación. Dentro de una hora ya estás puesto en libertad. Hay tanto que hacer, que los señores tendrán ellos mismos prisa de despacharte, y sobre todo yo hablaré... irás á tus negocios, y nadie sabrá que has estado en manos de la justicia... Y vosotros, — prosiguió con tono de autoridad, volviéndose á los esbirros, — cuidado con hacerle daño, porque yo le protejo. Cumplir con vuestra obligación es justo, pero no olvidéis que este es un hombre de bien, un mozo honrado, que como dentro de poco estará en libertad, le conviene conservar su buen concepto. Que nada llame la atención, como si fuerais tres amigos que van de paseo. — Y concluyó diciendo: ¿Habéis entendido?

Volviéndose luego á Lorenzo con calma y rostro sereno, le repitió de nuevo:

— ¡Vaya, juicio! Haz lo que yo te digo: fíate de quien te quiere bien, y vamos andando.

Y con esto echaron á andar todos.

Pero de tantas palabras melosas nada creyó Lorenzo: ni que el Escribano le quisiese como decía, ni que se tomase tanto interés por su reputación, ni que tuviese intención de favorecerle; nada de esto. Conocía muy bien que aquel zorro viejo, temiendo que se presentase en el camino alguna ocasión favorable para escapar, empleaba todas aquellas zalamerías á fin de distraerle é impedir que se aprovechase de ella; por manera que semejantes exhortaciones no sirvieron sino para confirmar más á Lorenzo en lo que allá en su cabeza se había propuesto, que era hacer todo lo contrario.

De aquí nadie debe inferir que el Escribano fuese un principiante y novicio, porque se equivocaría: era un bellaco matriculado, dice nuestro historiador; pero en aquella ocasión estaba muy temeroso y confuso. En otra situación sin duda se hubiera burlado del que para inducir á otro á hacer una

cosa de suyo sospechosa, se lo hubiese sugerido é inculcado con la trivial apariencia de darle un consejo de amigo; pero los hombres generalmente por cierta tendencia natural, cuando están agitados y en angustias, y les ocurre lo que otros pudieran hacer para salir del apuro, se lo preguntan con grande empeño y bajo de mil pretextos, y los más diestros en iguales circunstancias caen en igual falta. Las mismas invenciones magistrales, las tramas con que suelen vencer, que para ellos se han convertido ya en una segunda naturaleza, y que empleadas á tiempo y dirigidas con la serenidad necesaria, dan el golpe con feliz éxito y ocultamente, y aún descubiertas luégo, logran el aplauso general; cuando las emplean hombres sencillos, que se hallan en apuros, lo hacen con tan poco tino, y tan sin maña, que mueven á lástima á los que los miran; y aquellas mismas personas á quienes pretenden engañar, aunque sean ménos astutas, descubren su intención, y de sus mismos artificios sacan partido contra ellos: por esto los bellacos de profesion procuran conservar siempre su sangre fria, y lo que es mejor, no hallarse jamas en circunstancias extremas.

Lorenzo, pues, apénas llegados á la calle, empezó á mirar alrededor, á extender el cuello, á sacar la cabeza y aplicar el oído. Sin embargo, no veía concurrencia alguna extraordinaria, y aunque en la cara de muchos que pasaban se notaba con facilidad cierta señal de sedicion, cada uno seguia su camino, y lo que es sedicion verdadera no la habia.

— ¡Prudencia! ¡juicio! — decia al paño el Escribano; — tu honra, hijo, tu honra.

Pero cuando Lorenzo, columbrando á tres que se acercaban con cara encendida, oyó hablar de un horno, de harina oculada y de justicia, empezó á hacer señas con la cabeza, y á toser de un modo que indicaba algo más que resfriado. Miraron aquellos la comitiva, y se pararon; con ellos se pararon tambien otros que iban llegando, y otros que habian pasado oyendo la bulla, se volvian y aumentaban la concurrencia.

— ¡Cuidado, hijo! ¡prudencia! por tí haces; no empeores

tu causa, tu estimacion, — iba diciendo el Escribano con disimulo.

Lorenzo lo hacia peor. ¿Quién no se equivoca? Le apretaron las manillas.

— ¡Ay! ¡ay! — gritó el preso.

Á este grito se agolpó la gente, acudiendo otra de todas partes, de modo que la comitiva se halló sitiada.

— Es un malhechor, — decia el Escribano en voz baja á



Lorenzo, columbrando á tres que se acercaban.

los que le estaban encima: — es un ladron cogido infraganti; retirense ustedes y den paso á la justicia.

Pero Lorenzo, viendo la suya, y que las caras de los esbirros se ponian de color entre blanco y amarillo, « si no me ayudo ahora, dijo en su mente, estoy perdido; » y levantando la voz prosiguió:

— Amigos, me llevan á la cárcel, porque ayer clamé por pan y justicia. Nada he hecho, soy un mozo honrado; favoredme, no me abandonéis, amigos.

Levantóse desde luégo una contestacion, un murmullo favorable, y en seguida gritos más decisivos. Las esbirros al principio mandan, despues piden, y por último, ruegan á los más inmediatos, para que se retiren, y dejen libre el paso; pero la turba, al contrario, apremiaba con más ahinco. Viendo los esbirros la cosa mal parada, sueltan las manillas